**JUAN, EL HIJO DE ZACARÍAS (1)**

**La figura inmensa y enigmática del Bautista nos hace de puente entre el inicio y el final de las celebraciones navideñas. Es un “personaje” que siempre me ha atraído, por la riqueza y complejidad de una personalidad tan “rompedora” y con tantas esquinas personales, simbólicas y teológicas, que los profanos como yo, no acabamos de aprehender en su significado para “conocer algo más de Jesús”. ¿Quién fue este hombre, hijo de Isabel, “prima o pariente de María” y de un sacerdote levítico del medio rural y no del Templo de Jerusalén? ¿Cuánto influyó en la vida y la misión del Jesús histórico? ¿En qué se distinguieron y en qué coincidieron? ¿Se separaron para siempre? ¿Juan murió escéptico y lleno de dudas sobre la figura emergente de Jesús que pronto lo eclipsó? ¿Fracasó en su profecía?**

**Sabemos algunas cosas “seguras”, es decir, “históricas”, de Juan Bautista. Para algunos comentadores es “el primer dato histórico, fehaciente, en la vida de Jesús”. Todos los evangelistas se hacen eco de él. Y no debió ser sencillo, con el paso de los años en las primeras comunidades cristianas, distinguirlo de Jesús, sin a la vez, menoscabar su mensaje carismático. No tenemos fuentes históricas para conocer qué motivó la abrupta puesta en escena de este hombre, emergiendo de la críptica esfera sacerdotal levítica y lanzándose, a la deriva, al *desierto,* con un mensaje claro, apocalíptico pero no desesperanzador, exigiendo un *cambio de vida* profunda, no sólo a nivel personal sino también, a escala más global, denunciando profética y valientemente, la corrupción de la religión establecida. Juan es, en este sentido, un *profeta,* pero además es un *converso,* un *reformador a ultranza,* hoy diríamos un disidente público del régimen teocrático de su época. Su fama se extendió rápidamente y probablemente fueron “muchos” quienes le visitaron, le escucharon, se bautizaron y le siguieron en una especie de “nueva corriente subversiva” contra la religión alienante de la época. Porque Juan *llama a la conversión del pueblo*, y lo hace, no desde el Templo institucional, o las sinagogas, sino desde el vacío absoluto del silencio y la soledad del *desierto.* El mismo desierto y el mismo lugar, junto al Jordán, por donde, siglos atrás, el pueblo peregrino había penetrado para recibir la *Tierra Prometida* que Dios le regaló en una alianza eterna de compromiso: *“Tú serás mi pueblo y yo seré tu Dios”.* Juan es consciente de las injusticias, desigualdades, corruptelas, miserias, hambrunas, de la infra-vida de sus contemporáneos. Y muchos sintonizaron con él y *recibieron un novedoso bautismo* como signo de cambio interior pero también de compromiso en un cambio en definitiva cultural/estructural desde la purificación de la vieja religión judía. Juan fue un *contracultural*, que *anuncia* la vuelta a los tiempos antiguos de fidelidad y obediencia a Yavé, pero que también *denuncia* el mal uso del “Nombre de Dios” usurpado y manipulado por la élites religiosas y políticas del momento por intereses espurios.**

**Y Jesús se apuntó al grito de Juan, el hijo del sacerdote Zacarías, quien tembló en el seno de su madre ante la presencia de la Virgen encinta. Jesús abandonó, joven y soltero, su casa natal, su trabajo… ¡algo imprevisible, rechazado, también “contracultural” en la concepción socio-religiosa de la familia tradicional judía! Sus seres queridos, tiempo después de alejarse de Juan, *“salieron en su búsqueda… porque estaba fuera de sus cabales”.* Y aquí también podemos preguntarnos: ¿qué pasó en el corazón de Jesús, qué “conciencia” tuvo para tomar aquella decisión arriesgada y heterodoxa, qué latía previamente en su corazón de sencillo y anónimo artesano, desconocido para todos y aislado en un pequeño pueblo del norte de la Palestina, en Galilea, lejos -ciertamente- del *desierto y el río Jordán*? Seguramente nunca lo sabremos. La “conciencia” que Jesús tenía de sí mismo es la gran pregunta irresoluble cuya respuesta nunca conoceremos del todo. ¿Cómo era “la interioridad” de Jesús, cómo fue a lo largo de toda su vida? No hay respuestas. ¿Existió un proceso de conversión o transformación personal, espiritual, antropológica en él? Lo ignoramos; sin embargo, algo importante debió ocurrir en su alma de ¿joven visionario y romántico? para tomar la decisión de un cambio radical, una opción fundamental de vida, que le llevó, en torno al año 28 a encontrarse con Juan y hacerse bautizar por él en las aguas limpias y movidas del río Jordán: uno de los datos más históricos y seguros con los que contamos. *“Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.* Juan y Jesús, ¿complementarios, contradictorios?**



**Juan, el hijo de Zacarías, no fue ciertamente un “reformador” en el sentido estricto del término. Juan no tenía la carga mística suficiente como para anunciar y emprender un cambio radical, casi diríamos “revolucionario” en las mentes de sus coetáneos. Juan avizora la necesidad de una renovación, pero no tiene en su mente un mensaje tan novedoso y transformador como tenía Jesús. Juan pretende *“restaurar”* el tejido roto, los agujeros religiosos que se habían ido formando en las conciencias del pueblo. Juan pretendía “reciclar”, sacudir las mentes adormecidas, “retornar” a lo abandonado, a lo olvidado, a la Alianza vetusta del pueblo judío con el Dios de los antepasados. Por eso Juan “no acaba de entender a Jesús”, lo intuye como el Mesías, y lo señala quizás con un dedo dubitativo y tembloroso…**

**Y Jesús se marcha, se aleja de Juan cuando éste es injustamente detenido por Herodes. Jesús capta pronto que “lo que hay *dentro de él”,* su mensaje, el contenido central de su ideario religioso, su “universo ético-mítico”, no se corresponde exactamente con el de su mentor y maestro, *“el mayor hombre nacido de mujer”.* Juan se le queda corto a Jesús, y se aleja, no sólo geográficamente, del desierto a las suaves y verdes laderas de Galilea, sino teológicamente: *¡su Dios es otro, no el de Juan!* La metanoia, la conversión que también proclama Jesús, no es la misma que la de Juan, ni el bautismo ritual del Bautista va a ser un elemento iniciático y preeminente en Jesús: Él no vino a bautizar sino a proclamar un mensaje diferente al de Juan: *la Buena Nueva, el Evangelio.* Juan llama a mejorar lo caduco, Jesús llama a iniciar lo nuevo. Juan quiere *restaurar*, Jesús quiere *reformar, transformar* las personas desde una cosmovisión y una vivencia religiosa eminentemente basadas en el *amor,* no en los mandamientos, ni en las múltiples normas y prescripciones de los fariseos, ni en las componendas religiosas de los saduceos, ni mucho menos en el intimismo espiritualista e individualista de los esenios. El trae un mensaje *distinto, diferente,* una conversión a la Vida, y a una Vida *en plenitud.* Jesús deja el desierto de la austeridad y la tristeza por los pueblos y aldeas donde bullen la vida, el trabajo, la familia, la esperanza, pero también las desigualdades, las injusticias, la miseria, la enfermedad de cuerpo y de alma. Por eso no es de extrañar que Juan, a punto de ser asesinado, envía a sus discípulos a preguntar a Jesús: *“eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?”* Y conocemos la respuesta de Jesús, tomada de los profetas mesiánicos más sagaces y auténticos: *“id a decir a Juan lo que estáis viendo y oyendo…”*  Los pobres, el amor a los miserables, la misericordia infinita, el perdón a los enemigos, la inclusividad para todos, la igualdad de los hijos de Dios, la universalidad de un mensaje no constreñido a los judíos, el amor, en definitiva, eran el *contenido de su mensaje:* la fiesta, las bodas, las comidas fraternas, la alegría, la paz… No, Jesús no era como Juan, Jesús era “alguien distinto”.**

**Quizás hoy muchos pretenden ese barniz modernizador o “actualizador” del cristianismo, como si lo que necesitáramos fuera “restaurar” un tipo de cristianismo caducado por el paso del tiempo: *restaurar* una Cristiandad obsoleta, una cultura -la occidental- en proceso constante de cambio (sea algo bueno o “malo”): intentar componendas para salvar los muebles creyendo que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Nos cuesta creer de verdad que *“a vino nuevo odres nuevos”.* Y el vino que trae Jesús siempre es nuevo, son los odres los que están demasiado cuarteados por el paso de los años y ya no logran conservar el vino, siempre nuevo del Evangelio. Volver a las fuentes, sí, pero a las fuentes más primigenias, al Evangelio mismo, puro y duro, *“sine glossa”* decía el primer Francisco. Y lo repite, en medio de dificultades e incomprensiones, el nuevo Francisco de Roma.**